

La odisea de Abdelhalek

Javier de Prada Pérez

*Primer premio: Premio Fundación San Juan de Dios
de la edición XX (2018).*

“¿Quién puede detener a un hombre, de cualquier edad -reflexiono
ahora- cuando ha decidido terminar con su vida?”

Piedad Bonnet, *Lo que no tiene nombre*

“Atusándose la barba, el sheik paseó la mirada
por nuestras caras encendidas y dijo:

¡Nadie puede nada contra un hombre que quiere morir!”

Mahi Binebine, *Los caballos de Dios*

89

Circe

Operación antiterrorista con un yihadista muerto. Mientras sorbía con parsimonia el primer café de la mañana ojeaba el periódico en la cafetería de la esquina. Me detuve en la noticia. Me sorprendió que en una ciudad de provincias hubiera células islamistas. La noticia describía cómo el presunto terrorista había saltado por la ventana. No quedaba claro si con intención de huir o para evitar ser capturado vivo. Se precipitó por la ventana de su domicilio gritando consignas en árabe, se podía leer en la noticia. Las iniciales no me hicieron sospechar nada, aunque entré ese día al centro de salud con un mal palpito. No era la primera vez que me enteraba de la muerte de algún paciente leyendo las esquelas del periódico. Mi compañera de admisión me recibió con gesto ensombrecido.

—Ha llamado la madre de Abdelhalek. ¿Has leído las noticias? Es el terrorista muerto.

Abdelhalek

90 Nadie habrá entendido lo que he hecho. Pero ahora es tarde. Aquí, tirado en el suelo del patio interior, una sábana cubre mi rostro. Las maniobras de reanimación no han devuelto mi pulso. Espero con impaciencia la luz del descanso eterno. No quiero ser un mártir de la yihad. No obtendré la recompensa de las setenta y dos vírgenes. Por más que os lo quise explicar, nadie conocía la verdad de la misión por la que fui enviado al mundo. Por eso empecé por infiltrarme entre los míos, para que conocieran al Dios que no pregona la guerra, sino la paz. No quería más inyecciones, ni más pastillas, ni más ingresos en esa monstruosa unidad a la que muchos llamamos Guantánamo. El aislamiento y las correas son idénticos. Solo cambia la indumentaria. Allí en vez de un buzo naranja te visten con un camisón azul.

Circe

—Abdelhalek, significa siervo del Creador.

Recuerdo que me lo dijo el primer día que nos conocimos. Lo habían derivado desde la unidad de agudos y tenía programado el inyectable. Se lo puso a regañadientes. Él, como muchos otros, se quejaba de que le dejaba paralizado.

—Estoy bloqueado, no puedo estudiar. Ninguna chica me querrá así. Comprenderás que con veinte años eso es bastante importante.

Como siempre, le hablé de prevenir una recaída. Pero, por encima de todo, respeté su libre decisión sobre el tratamiento. No me gustan las amenazas ni los chantajes. No los utilizo. Prefiero hablar de responsabilidad, de planificación anticipada de las consecuencias y de las decisiones a tomar en caso de crisis. Él describía el tratamiento mensual como esas correas de los perros que se alargan cuando el chucho tira de ella.

—La inyección para tres meses es solo una correa un poco más larga —me dijo al salir con un guiño.

Abdelhalek

Ahora que las sirenas han dejado de sonar oigo a mi madre llorar. Es desgarrador. En mi cultura las expresiones de dolor son ruidosas. No llores, estoy en paz, mi paso por este mundo estaba cumplido. No le dejan ver mi rostro porque está lleno de sangre, pero estoy feliz, lo juro. Mis hermanos son pequeños y están mirando por las ventanas de los vecinos, con los ojos muy abiertos, con curiosidad, asombrados. ¡Cuánta gente! Médicos, policías, periodistas con sus micrófonos.

Era un buen chico, les dirán, pero últimamente iba mucho a la mezquita del barrio y vestía con chilaba. Por favor, contadles que la batalla no es el camino, que entregué mi alma por la paz. Algunos hombres se dan golpes en la cabeza y murmuran oraciones. Tenía claro que no iba a volver a ingresar. Lo tenía todo planeado desde hacía meses.



Circe

No me lo puedo creer. En el despacho navego en los periódicos digitales. *Operación antiterrorista se salda con un muerto. No hay más detenidos y se está a la espera de confirmación de pertenencia a una célula yihadista.* Entro en la reunión del equipo. La noticia de la muerte causa un efecto parecido a si el propio Abdelhalek se hubiera inmolado en nuestra sala de reuniones. Un ligero zumbido en mis oídos no me deja escuchar el resto de conversaciones y tengo una densa sensación interior de humo y cascotes cayendo en mi interior. Su psiquiatra se ha levantado para confirmarlo en la historia clínica informatizada. No hay duda. Mis compañeros tienen gestos de incredulidad y sus rostros parecen blanquecinos por el polvo de la detonación de la noticia. Somos las segundas víctimas, después de Abdelhalek y su familia. Necesitamos un espacio para expresar el dolor. Me refugio en el botiquín.

92

Abdelhalek, como tantos otros, solía dejar allí orina para control de tóxicos.

—Estoy limpio, lo he dejado. No como mis hermanos que se intoxican y olvidan el placer de estar plenamente conscientes todo el tiempo.

Irradiaba una luz cálida y su sonrisa del desierto me parecía traer una brisa caliente en pleno noviembre.

Abdelhalek

No os culpo, sé que sois parte de un sistema. Todavía me acuerdo el día en que aquella enfermera me acompañó a ingresar otra vez en *Guantánamo*. Yo estaba un poco descolocado. Había fumado mucha hierba y deliraba.

Ella evitó llamar a la policía y se ofreció a ir andando conmigo al hospital si no montaba jaleo. La consulta estaba cerca y el psiquiatra accedió, a pesar de que le pareció algo temerario. Y nos fuimos, paseando y charlando. Como estudié en un colegio de monjas, me acordé de vuestro profeta, que cura a un endemoniado que vagaba por las tumbas y lo ataban con cadenas. Lo que más me gusta es que encuentran a vuestro Maestro sentado, hablando con él, sin miedo. Idéntico a como estábamos nosotros ese día en un banco de aquel parque. Le costó reconducirme, porque yo hablaba sin parar y me iba despistando en cada esquina. Al entrar en la unidad, me pusieron las contenciones de pies y manos, pero eso ya no fue culpa suya.

Creo que ya me trasladan. Han metido mi cuerpo en una bolsa oscura con una cremallera. Oigo los comentarios de los de la funeraria. Se alegran de que haya muerto un terrorista sin tener tiempo de hacer daño a nadie. Eso creen.

93

Circe

Voy a la consulta. Encima de la mesa está una medicina habitual aquí: una caja de pañuelos de papel. Estoy sin la bata y no puedo disfrazar mi impotencia con el hábito blanco sanitario. Enciendo el ordenador y me coloco detrás de mi trinchera, la mesa del despacho. Para los pacientes es una playa a la que el mar les escupe, náufragos, tras una tortuosa singladura. Con la ropa deshilachada esperan a ver si amaina el temporal para volver a intentar nadar y mantenerse a flote. Abdelhalek hizo esa travesía real, se coló entre las costuras que hay entre la abundancia y la miseria, por el Estrecho, cuando era apenas un niño.



Ésta es una profesión de riesgo, lo sé. Pero el peligro no está en una agresión violenta de un paciente con un brote psicótico. Esos sucesos forman parte de esas noticias escandalosas en los diarios que alimentan el morbo. En la vida real, las personas con trastorno mental suelen sufrir mucha más violencia de la que protagonizan.

La amenaza real es que a mis compañeras se les mueren los pacientes en la mesa de operaciones o en la cama del hospital. A nosotros se nos mueren en las aceras, tras saltar desde la ventana de un piso alto.

Abdelhalek

Me gustaba ir a ese centro. Era el único sitio donde podía hablar sin miedo, sin miradas de incomprensión. Y eso que me metían caña; que estudiara más en la escuela taller, que nada de porros, que cuidara de mi madre y hermanos... pero yo les escondía que estaba llamado a cosas más grandes, a cambiar el mundo. Era un delirio místico, decían los psiquiatras; quizá, pero no le hacía daño a nadie y cumplía con mis obligaciones.

Me lo pasaba bien en la sala de espera. Algunos traían manzanilla para llenar el bote de orina y luego lo calentaban con el mechero o debajo de la axila. La enfermera lo sabía, pero hacía la vista gorda. Eran los que llevaban toda la vida recogiendo metadona, según me contaba. Por su indumentaria parecían haber atravesado un túnel del tiempo. Algunos estaban bastante más locos que yo. Había una que me pedía matrimonio cada vez que me veía. Pero también había personajes en los que no quisiera haberme convertido. Autómatas rígidos, sin expresión, con una panza bamboleante y andares de

monstruo de Frankenstein. No exageres, me solía decir la enfermera y me daba esperanzas de que, con el tiempo, se podría disminuir las dosis.

Espero que la autopsia no dure mucho. Esta luz blanca es muy molesta y la mesa de acero inoxidable está fría como el hielo. Aunque, ¡qué más da ahora! El tiempo no importa y mi cuerpo no me pertenece. Oigo a lo lejos los sollozos de mi madre y parientes en la puerta del anatómico forense.

Circe

Debajo de mi mesa hay un pulsador rojo que activa una alarma antipánico para avisar a la policía. Si de repente oímos un zumbido en el centro, salimos apresuradamente del despacho para socorrer a algún compañero. Casi siempre es una falsa alarma, alguien le ha vuelto a dar con la rodilla. Lo cierto es que cuando la he oído sonar es por alguien que en la consulta comienza a levantarse, a dar gritos y adopta un tono desafiante. Nada que no pase en cualquier puerta de un consultorio en atención primaria o cada día en las urgencias hospitalarias.

Hoy me apetecía apretar el botón rojo para que alguien acudiera a darme una explicación que no encuentro. Tengo consulta con un chico expolíticoamericano. Si no lo conociera y me lo encontrara en una parada de metro solitaria, saldría corriendo en dirección contraria. Tatuado hasta el último centímetro del cuerpo, con aros de dilatación en las orejas y en la nariz. Pero me alegro sinceramente de verle recuperado, porque me cuenta ilusionado que está terminando un cursillo para una certificación profesional y que en breve iniciará las



prácticas. Me ofrece ir con él a dar charlas a los Institutos sobre el perjuicio de las drogas. Me dice que con su imagen seguro que convence a más de un chaval para que no las pruebe.

—Si vas tú, con esa pinta de niña buena, no se lo van a creer, me espeta con su voz nasal.

Sin embargo, sigo absorta en mis pensamientos. Cuando termino las consultas, pido permiso para salir a buscar respuestas.

Abdelhalek

96 No estaba preparando ningún atentado. Es cierto que los chavales del piso donde me escondí veían muchas veces esos vídeos de la yihad, con ejecuciones y atentados. Les advertí que la policía acabaría por investigarles y pincharía sus teléfonos. Ellos se reían y seguían a los suyos, trapicheando, fumando hachís y riéndose. Cuando íbamos a la Mezquita, me gustaba discutir con el Imán. Le decía que Mahoma no había prohibido todas esas cosas. Él siempre terminaba echándome de la oración y decía que no estaba bien de la cabeza.

Aquella mañana tenían un mal presentimiento. Sabía que mi madre acabaría llamando a urgencias para que vinieran a por mí. Le intenté convencer de que estaba bien, que no necesitaba más pinchazos, que prefería las pastillas. Pero no me creía, decía que otras veces le había mentado. Le dije que ya no tomaba drogas ni alcohol. Le prometí que esta vez sería diferente. Le rogué que llamara al centro de salud mental para que le dijeran que no había dado positivo en ningún control. Pero fue inútil. Por eso me refugié en casa de esos amigos.

Ya está mi cuerpo en el tanatorio de mi barrio, el único que permite el rito islámico. Allí mi tío y mi primo lavan con mimo mi cuerpo y lo envuelven en un sudario blanco y tapan mi nariz y oídos con algodón perfumado.

Circe

El barrio donde vivía Abdelhalek no está lejos y voy caminando. Es una zona en donde se ha ido asentando una comunidad numerosa de personas venidas de lejos. Hay quien ha llamado *el síndrome de Ulises* a quienes sufren un trastorno relacionado con el desarraigo que produce la emigración y las dificultades de asentarse en un país extraño. Leo en mi móvil algún fragmento de *La Odisea* de Homero.

A Ulises, igual que a Abdelhalek, le tuvieron que atar al mástil del barco para que no escuchara el canto de las sirenas. Quien las oye, dice Homero, corre el peligro de no regresar jamás a casa ni volver a ver a su esposa ni a sus hijos. Las sirenas estaban en la propia cabeza de Abdelhalek y, como Ulises, seguro que pidió que le soltaran y hacías señas al personal que le atendía. Pero era inútil. Ellos, igual que los marineros de aquel viaje hacia Ítaca, se habían tapado los oídos con cera derretida. Busco el portal y pregunto a un grupo de mujeres sentadas en un banco. Todas ellas cubiertas con hiyab chapurrean una explicación y consigo entender que toda la familia se ha ido al tanatorio, porque hoy mismo será el entierro. Conozco bastante bien el barrio porque me ha tocado alguna que otra visita domiciliaria. Me encuentro con Ahmed, uno de los habituales que acude cada semana a dejar orina por temas judiciales. Me mira con ojos encendidos de rabia.



Me da la mano y masculla:

—Aquí no hay terroristas. Ha venido mucha policía y han asustado a todo el mundo, a las mujeres, a los niños...

—¿Abdelhalek estaba metido en una célula yihadista?
—le pregunto de forma directa.

—Eso es mentira, él vivía en su mundo y no le hacía daño a nadie. ¡Pobre Fátima! Ahora ¿quién va a cuidar de ella y de sus hermanos? —me dice con los ojos llorosos.

Abdelhalek

Oí unos ruidos en el portal y me asomé por la ventana. Tenía miedo de que llegara la ambulancia. Sin embargo, vi una furgoneta con policías con cascos, con escudos y con muchas armas. Me entró el pánico. Apoyé el oído en la puerta y escuché cuchicheos en la escalera. Pensé que estaba todo en mi cabeza. Intenté tranquilizarme y busqué las pastillas que había comprado esa mañana en la farmacia. Fue entonces cuando se oyó un gran estruendo. Era la policía antiterrorista que había derribado la puerta con una carga explosiva. Pensé que venían a por mí para llevarme al hospital. Salí corriendo al balcón, mareado por el humo y algo confundido. Fue entonces cuando decidí tomar la decisión. Saqué las dos piernas por la ventana del patio interior. Un policía gritó desde la puerta de la cocina. Pero no le hice caso y salté.

Mi rostro, en un féretro que deja mi cadáver al descubierto, se ve risueño, casi sonriente. Estamos ya en el cementerio y el olor de los ungüentos con los que han lavado mi cuerpo lo inunda todo. Se oye el *Salat Ul Yanaza*, el rezo de fúnebre. Como soy joven, el Imán recita *Señor consuela a sus padres, recompénsales y haz de su hijo un intercesor para ellos ante Ti.*

No conocí a mi padre. Creo que ahora lo veré de nuevo. También rezaré por vosotros, enfermeras, psiquiatras, a los que os toca cuidar de otros. Sé que os impregnará la culpa, como el olor a crisantemos de estas tumbas. Es difícil evitarlo. De ella no os puedo librar yo. Es una tarea que os dejo a vosotros, para que reviséis vuestros protocolos y vuestras conciencias.

Circe

Me monto en el autobús urbano para llegar al cementerio y me distraigo mirando por la ventanilla. Pienso en los esfuerzos que cuesta en ocasiones sacar del precipicio a personas a quienes tienes agarradas por un solo dedo. Y durante varios días, meses, consigues sujetar toda la mano, y luego el brazo, y por fin la arrastras para que todo su cuerpo quede a salvo junto a ti. Hay ocasiones en que no te extraña la noticia de que, a los pocos días, haya vuelto a intentar saltar. En nuestro país el suicidio mata el doble que los accidentes de tráfico, pero hay pocas campañas para evitarlo.

Sin embargo, hay casos en los que no esperas esa reacción. Abdelhalek era un joven lleno de vitalidad. Recuerdo la vez que me invitó a un té en su casa. Él traducía lo que nos decía su madre. La trabajadora social tomaba notas y los hermanos pequeños lloriqueaban a nuestro alrededor. Insistimos en que le recordara las citas, que nos llamaran cuando necesitaran ayuda.



Al llegar al cementerio, veo salir a un grupo de mujeres con atuendos árabes y reconozco a su madre. Nos fundimos en un abrazo. Lloro murmurando *habibi, habibi*. Reconozco en ella a Penélope, la mujer de Ulises, porque también ha estado veinte años tejiendo una mortaja. Y ¿quién soy yo? Quizá soy Circe, la hechicera que da pociones mágicas y que avisaba a Ulises sobre los peligros que iba a encontrar en el viaje. No pude advertirle de todos los escollos que leo en *La Odisea, las cavernas oscuras y los monstruos funestos con garras terribles* y tristemente no he conseguido que lograra esquivar la *mansión de la negra muerte*. También lloro.

100 En el abrazo con Fátima noto en el interior de su cuerpo el temblor de la onda expansiva que ha provocado el suicidio de su hijo. Todos los que le atendimos vamos a encontrar durante mucho tiempo trozos de la metralla de la culpa que se nos ha incrustado en el cuerpo por el estallido de la noticia.

Ella me entrega una nota.

Abdelhalek

Veo que mi madre cumple con el encargo y le entrega a la enfermera una carta que escribí cuando me marché de casa para advertirle de que no iba a poder soportar otro ingreso. Sabía que cuando mi yo se habitara de otras voces, de otros demonios, sería el momento de partir. Y, al contrario que en el pasaje bíblico, no serían los cerdos quienes morirían ahogados en el lago, tendría que ser yo, el endemoniado, el que debería tomar ese camino.

Circe

Fuentes policiales desmienten la motivación terrorista en la muerte ocurrida durante la operación antiyihadista. La persona fallecida estaba siendo atendida debido a sus problemas psiquiátricos.

Dejo el periódico con desazón y miro al cielo desde la ventana de la cafetería. Perdón, Abdelhalek, por no haber podido desactivar el chaleco explosivo que llevabas adosado a tu existencia. Nuestros conocimientos como artificieros del alma son limitados. Ojalá —Dios lo quiera— hayas encontrado esa Ítaca que estabas buscando.

